LA RELACION YO-TU EN LA POESIA DE PEDRO SALINAS

Introducción

En el pensar del hombre —según Heidegger— habla el ser. Y también en el decir. Pensadores y poetas son, por eso, los guardadores del ser. Todo da-sein lo es, pero éstos —los poetas— quieren expresamente mirarle los ojos al ser. Y Salinas es un gran poeta. La poesía es ontología, como dice Charles Maurras, «porque la poesía lleva sobre todo a las raíces del conocimiento del ser» (1).

Se trata, pues, de analizar algunos elementos de la obra poética de ese incansable espectador, fino pensador y exquisito poeta que es Pedro Salinas desde el punto de vista de la relación interpersonal, de lo que, con tanto acierto, ha llamado Pedro Laín Entralgo «vida en projimidad» (2). La poesía de Salinas —poesía dialógica por excelencia— transcurre en una permanente relación, en una «constitutiva religación», diríamos con terminología zubiriana, con la realidad, en la que ésta va ascendiendo en una progresiva personalización en virtud de la palabra del poeta, que la llama Tú. «Del hombre a quien llamo Tú —dice Martin Buber— no tengo un conocimiento empírico. Pero estoy en relación con él en el santuario de la palabra primordial» (3).

Pero antes de abordar la tematización de algunos elementos de la poesía saliniana a la luz del enfoque antropológico de la relación yo-tú, hemos creído necesario hacer previamente una apreciación fenomenológica de la estructura que se hace visible inmediata o mediatamente en el proceso mismo del «encuentro».

El problema del yo-tú se desenvuelve durante la Edad Moderna según líneas de desarrollo, que culminan en un «yoísmo» que hace del yo la realidad fundamental de todo saber y de todo actuar. Sus proposiciones fundamentales son: 1) que lo que se nos da, de modo originario, es el conocimiento del propio yo, y 2) que «del otro» se nos da el fenómeno de su cuerpo y sus cualidades, y sólo a partir de estas

---

(1) Citado por J. Maritain en *Fronteras de la poesía y otros ensayos*, Buenos Aires, 1945, p. 18.
(2) Pedro Laín Entralgo, *Teoría y realidad del otro*. Madrid, 1961, t. II, p. 17.
(3) Martin Buber, *Yo y Tú*, Buenos Aires, 1969, p. 14.

noticias de sus rasgos físicos podemos afirmar la existencia de los otros yos.

Pero en el siglo xx el enfoque sufre un giro copernicano. Hay una aurora nueva que ilumina los espíritus anunciando la aparición de un tiempo nuevo. Tres grandes pensadores de la primera mitad del siglo xx —Scheler, Buber y Ortega y Gasset— inician el cambio. Y una nueva actitud frente al problema del otro florece, actitud radicalizada con la hondura de una rica literatura filosófica: Heidegger, Marcel, Jaspers, Sartre, Merleau-Ponty, Zubiri, Brunner, Gusdorf. El personalismo, con E. Mounier a la cabeza, y el espiritualismo cristiano han brindado también magníficas aportaciones al tema. Deben destacarse muy especialmente las contribuciones que vienen del campo de la experiencia humana concreta, como la Psicología, la Psiquiatría, el Psicoanálisis, la Sociología (4).

De tal manera, la relación con el otro se ha convertido en uno de los «temas de nuestro tiempo», usando la tópica frase orteguiana. El hombre se ha hecho nuevamente problemático y, siguiendo una espiral que vuelve sobre sí misma, pero a niveles de mayor profundidad cada vez, se encuentra a sí mismo en el desfondamiento de su misterio inagotable y en la trágica e ineludible tensión entre polaridades que le son constitutivas.

Relación yo-tú y función de la palabra

El «encuentro» aparece esencialmente como una relación que pone en contacto dos realidades, un yo y un tú, pero que las pone en contacto por la vía de la palabra, es decir, del *diálogo*, un λόγος δια, que va y viene de su emisor a su receptor. Pero ¿es que cualquier palabra es creadora de un «encuentro interpersonal»? Laín Entralgo distingue entre conversación funcional y dilálogo interpersonal: en una conversación funcional, «el otro ha sido para mí puro instrumento locuente, un cuerpo humano capaz de informarme con exactitud acerca del objeto de mi pregunta. Lo que él me dice es, por otra parte, una noticia susceptible de comprobación objetiva. El otro, en definitiva, podría ser sustituido —acaso ventajosamente— por una máquina parlante». En cambio, «bien distinta es la significación de la palabra en el diálogo interpersonal. Sin dejar de ser signo de una intención objetivable y objetivante, porque no hay expresión verbal sin objeto, su intencionalidad se halla ahora asumida por otra más alta, de índole confe-

(4) Para conocer acabadamente la evolución histórica del problema, ver el exhaustivo estudio de Pedro Laín Entralgo, citado, t. I.

sional. En cuanto mías, mis palabras son entonces cauce de una confesión, símbolo de una donación y prenda de una promesa...». «... Yo confieso al otro una parte de mi intimidad, le doy algo de mi propio ser y le prometo fidelidad a la vinculación personal que mi expresión declara. Soy yo, yo mismo, quien habla; pero en el momento de hablar, yo soy *yo-en-nosotros*» (5).

Y efectivamente ésta es la palabra que *constituye* al hombre. «El lenguaje es la condición necesaria y suficiente para la entrada en la patria humana» (6). Es el umbral del universo humano. No es que la palabra *intervenga* para facilitar las relaciones humanas, como un factor más, sino que ella las *constituye*.

La función de la palabra no es orgánica —si lo fuera, ¿cómo explicarnos que el chimpancé tenga la posibilidad del lenguaje y no la realidad—, sino que es una función intelectual y espiritual. Gusdorf, en el libro citado, sostiene que existe una jerarquía de grados de significación, desde el «vocablo», que tiene un sentido social, hasta la palabra humana, cargada de valores personales. ¿Qué ocurre? Que hay una *originaria vocación de humanidad* en el hombre que da a la función de la palabra una preponderancia indiscutible en el comportamiento.

«El vocablo interviene como algo que se ha abstraído de la situación. Permite descomponerla y perpetuarla, es decir, ESCAPAR A LA COERCION DE LA ACTUALIDAD para tomar posición en la seguridad de la distancia y de la ausencia» (7).

Con el lenguaje hay un cambio en las condiciones de la existencia, un remodelamiento del contorno para el establecimiento del hombre. El nombre no designa al objeto aislándolo del contexto. Determina al objeto en función de su ambiente. Cada vocablo es vocablo de la situación. El vocablo tiene un sentido personal. Es más un PARA MI que un EN SI. Implica un proyecto del mundo, un mundo en proyecto. La conciencia, ineficaz cuando permanece solitaria, prorrumpe hacia el mundo, mostrando el mundo al hombre, anunciando el hombre al mundo. «Para la toma de posesión de lo real —dice Gusdorf—, una palabra obra a menudo más y mejor que un utensilio o que un arma. Pues la palabra es estructura de universo» (8).

La palabra no es una entidad independiente del hombre que habla. No existe per se. Es una empresa personal. *Tomar la palabra* es una de las tareas maestras del hombre. El lenguaje no existe antes

---

(5) *Op. cit.*, t. II, p. 301.

(6) Georges Gusdorf, *La palabra*, Buenos Aires, 1957, p. 9. Para este enfoque de la palabra y sus funciones hemos seguido básicamente como guías las ideas de Gusdorf y August Brunner.

(7) Gusdorf, *op. cit.*, p. 12.

(8) *Op. cit.*, p. 12.

de la iniciativa personal que lo pone en movimiento. Es un todo complejo animado por una intención de significado (9). Tiene la función de asegurar la inserción del hombre en el universo. Crea, por eso, la existencia personal. El lenguaje coloca las cosas en perspectiva según su significación. Por eso nos presenta una METAFISICA DE LA REALIDAD. Siempre supone, más allá de su portador aparente y material, una ubicación en función de la realidad humana total.

Triple función de la palabra

Pero avancemos a partir de esta rápida y general caracterización de la palabra y veamos de qué manera ella constituye, de modo fundacional, la estructura dialógica de la existencia humana. Esto supone recordar su triple función de expresión, comunicación y significación.

Decíamos que el «encuentro», la relación yo-tú, emerge constitutivamente como una relación que pone en contacto dos realidades, la mía y la tuya en lenguaje existencial, pero que las religa por la vía de la palabra. Ambos términos —yo-tú— son intercambiables en la realización misma. Es decir: cada yo, es yo para sí mismo y tú para el otro; cada tú, es tú para el otro y yo para sí mismo. Esta intrínseca cambiabilidad de los términos determina precisamene que no se trate de dos palabras, sino de una palabra bifronte, cuya bifrontalidad aparece según sea la perspectiva desde la cual se la pronuncia (10). Por eso en la palabra fundante, la protopalabra yo-tú, como palabra que indica una estructura relacional, no solamente se muestra la cosa misma, la realidad yo-tú, sino que esa realidad nos remite a una instancia de *radicación* «*hacia adentro*» y de *aparición* «*hacia afuera*».

Veamos cómo lo dice nuestro poeta:

> «Porque en el diálogo el hombre habla a su interlocutor y a sí mismo, se vive en la doble dimensión de su intimidad y del mundo, y las mismas palabras le sirven para *adentrarse en su conciencia* y para *entregarla a los demás*» (11).

Hay un texto de Salinas, rigurosamente verdadero y conmovedoramente humano, que resume las tres funciones de la palabra:

> «En la reacción de mi amigo ante lo que he dicho, reconozco lo que he dicho, me reconozco; es decir, las mismas palabras *me expre-*

(9) Coinciden estas tesis con la afirmación de Laín Entralgo: «La palabra es el símbolo expresivo en que de manera más inmediata e idónea se pone y manifiesta la vida personal»... «Constituye el recurso soberano de la expresión personal y responsable.» *Op. cit.*, t. II, p. 187.

(10) Martin Buber, *op. cit.*, p. 9.

(11) *Aprecio y defensa del lenguaje*, San Juan de Puerto Rico, 1948, p. 19.

san a mí y *me comunican con él.* Unicamente lo que para otro tiene *significación,* o pudiera tenerla, la tiene para mí mismo» (12).

1. En primer lugar, EXPRESION: «Llamamos expresión —dice Pedro Laín Entralgo— en sentido lato a la apariencia de una cosa cualquiera cuando esa apariencia se refiere a una zona de la realidad que está más allá de la apariencia misma y se halla en relación simbólica con ésta» (13). En efecto, la palabra me expresa. Conlleva al yo. Soy yo quien habla. De tal manera, en la expresión es mi propia oscuridad subjetiva, la factividad de todos los estratos que llevo dentro, lo que sale de mí, mostrándo-*me* por vía directa, oblicua, patente, enmascarada o simbólica. Cada vez que digo algo, *me digo.* Toda palabra es siempre un testimonio. Al decir cualquier cosa, por eso, en tanto expreso de algún modo mi ser, mi yo, lo pongo, lo ex-pongo (14), estoy fuera de mí, en el fuera de la palabra que supone un fuera corporal, un fuera espacial, un fuera temporal: me instalo en la historia. La ex-presión es, pues, una presión ontológica que viene de mí misma. «Cualquiera que sea el acto psicosomático en que la expresión se realice —la palabra, el gesto, la mirada, el silencio, etc.—, ella es la forma primaria del carácter dativo de nuestra existencia. Yo *soy-para* porque puedo expresar mi propio ser, y comienzo a serlo expresándome, manifestando al otro que real y efectivamente soy» (15).

2. En segundo lugar, la COMUNICACION: El hablar testifica *necesariamente* un Tú que recoge, comprendiéndolo, lo comunicado. Es otra cosa y la misma que el nivel de la expresión. La diferencia está en la intencionalidad latente o manifiesta: Quien lo ha tematizado es Laín Entralgo a nivel del Yo-Tú. Cuando decimos expresión, vemos la cosa desde la emergencia del emisor, del sujeto que habla, desde el Yo. Pero la emergencia no es ciega, sino que necesariamente mira como su término intencional a quien sea de su análoga realidad: apunta a un tú. Lingüísticamente, siempre hay un tú que espera mi palabra. Y este carácter quizá sea más hondo y valga psicológica y ontológicamente. La comunicación nos hace comunes, nos religa y realiza en el diálogo. Nos hace comunes, pero conservando la otredad de cada término. En la radicalización de ambos sentidos consiste la posibilidad de identificación con el otro, por un lado, y la permanente amenaza de la soledad total, por otro. Ella supone que en la estructura

(12) *Ibíd.*, p. 19.
(13) *Op. cit.*, t. II, p. 61.
(14) Es interesante recordar la estrecha vinculación que la psicología actual ha descubierto entre *configuración* y *desarrollo* de la personalidad y su *ex-posición.*
(15) PEDRO LAÍN ENTRALGO, *op. cit.*, t. II, p. 42.

misma del lenguaje hay una posibilidad abierta. También muestra aparentemente que esa posibilidad está en las experiencias psicológicas. Quedaría como problema de los problemas saber si también a nivel ontológico somos dos los que hablamos, si quien habla, finalmente, no es el lenguaje impersonal o un ser subyacente que es idéntico en el yo, idéntico en el tú.

Salinas expresa este caudal de comunicación religadora con un tú en el libro, ya citado, *Aprecio y defensa del lenguaje:*

> «[en el acto del lenguaje] asistía al nacimiento de algo mío. Y apenas nacido de mí, dejaba de ser mío sólo, se hacía participable para los demás. Porque el lenguaje es un leve puente de sonidos que el hombre echa por el aire, para pasar de su orilla, de individuo irreductible a la otra orilla del semejante, para transitar de su soledad a la compañía» (16).

Este momento comunicativo de la palabra es afirmado también por Salinas en *El defensor:*

> «He aquí el círculo social mínimo de la carta: dos personas. Es el número de la perfecta intimidad, el más semejante al número de amor» (17).

Y más adelante:

> «Sin duda, detrás del acto de escribir tiene que sentirse como indispensable la presencia invisible del prójimo» (18).

¿Y en los monólogos? «En éstos —dice Brunner— se habla con un tú ideal o haciendo uno mismo veces de tú. Uno se habla como a otra persona y oponiéndose a uno mismo» (19).

3. Por último, la SIGNIFICACION. Significar —«signum facere»— es «hacer señas». ¿De qué hacemos señas cuando nos expresamos, cuando nos comunicamos? Del ser. Siempre hablamos del ser. Lo que el yo le dice al tú, y lo que el tú le responde al yo, siempre está referido al ser, vaso comunicante del yo y del tú. El ser mismo es palabra. Con esto la palabra no sólo se nos aparece expresiva y comunicativa, sino también significativa. Dice que algo hay ahí. Eso que está ahí es el ser. Se llama «mundo» para Brunner y Lotz y se llama «ello» para Buber.

Pero como ni el tú ni el yo se bastan a sí mismos; como tampoco se basta a sí mismo el mundo ónticamente considerado, pues siempre

(16) P. 14.
(17) Bogotá, 1948, p. 26.
(18) P. 173.
(19) AUGUSTE BRUNNER, *El otro y la vida comunitaria,* Buenos Aires, 1962, p. 45.

hay un plus con respecto a toda facticidad, lo que finalmente menta la significación es un supremo fundamento del todo, no sólo el todo mismo.

Con esto quedaría sintéticamente bosquejado el ámbito que se muestra en la relación dialógica.

La poesía de Pedro Salinas y la palabra

Según este esquema, si la poesía de Salinas es temáticamente dialógica, tendrá que mostrar con claridad sus instancias expresivas, comunicativas y significativas. Tendrá que hablar de un yo, de un tú, de la totalidad del mundo, del fundamento del mundo. Pero lo verá todo envuelto y asumido por la relación originaria que siempre dice y co-dice, yo-tú. Implicará una personalización de todo a nivel humano. Podría caber la objeción de que, aun cumplida esa tarea, todavía no se tocaría su poesía en lo que tiene de propia, de específicamente poética. La objeción es válida a partir de ciertos supuestos hermenéutico-poéticos: que la poesía es una cosa separada, autónoma, que vive de sí y por sí. Se debilitaría, en cambio, si concebimos lo poético como una realización de la existencia y que, como poiesis, al hacer la poesía ad-extra, hace simultáneamente la existencia poética o, en su punto apical, la existencia humana en cuanto tal.

Si analizamos la poesía de Salinas, nos encontramos con ciertos puntos claves que justifican la hermenéutica de la introducción. Veamos: desde su primer poemario nos revela la fuerza y la profundidad de su poesía como expresión existencial. La poesía —como sostiene Maritain— «lo entrevé / a lo espiritual / en la carne y por la punta de los sentido»...; «lo encuentra en todas las encrucijadas de lo singular y de lo contingente; lo más real que buscan ambas, / la metafísica y la poesía, / una debe encontrarlo en la naturaleza de las cosas, a la otra le basta tocarla en un signo cualquiera»...; «la poesía se dedica a toda forma que luce al pasar, a todo reflejo de un orden invisible»...; «aísla el misterio para conocerlo» (20). Podemos ver estos caracteres en el poema 3 de *Presagios* (21). El poeta comienza ubicándonos en el mundo concreto, contingente, singular:

Mis ojos ven en el árbol
el fruto redondo y fresco.
Mis manos se van certeras
a cogerlo.

(20) J. Maritain, *op. cit.*, p. 25.

(21) Pedro Salinas, *Obras completas*, Madrid, 1961, p. 4. Esta será la edición usada a lo largo del trabajo.

Dos ojos, un árbol, un fruto, dos manos que certeramente van a cogerlo. ¿Más inmediatez? Imposible. Efectivamente, el poeta entrevé lo espiritual en la carne y por la punta de los sentidos; lo encuentra en lo singular y lo contingente. Pero inmediatamente nos aleja de ese mundo concreto y nos sumerge en el mundo del misterio, a través de una sugerente pregunta:

Pero tú,
pero tú, mano de ciego,
¿qué estás haciendo?

Salinas usa el recurso de la reiteración de la forma adversativa —«Pero tú, pero tú»—, acentuando así una diferencia que intenta destacar dentro de la temática del poema. ¿Quién es la mano de ciego que se ha convertido en su interlocutor? ¿Podría ser él, el hombre, ciego por estar frente a una realidad que lo desborda y cuyo conocimiento le es inaccesible? Quizá primero se dirigiría a los instrumentos que su cuerpo posee para conocer —los sentidos—, que captan los objetos materiales. Luego se dirigiría a su existencia, que pide «algo más», un plus, una trascendencia. La respuesta nos la va entregando poco a poco el mismo poema:

La mano da vueltas, vueltas
por el aire; si se posa
sobre cosa material,
huye tras palpo suave,
sin llegar nunca a cogerla.

Es una mano de ciego no hecha, no destinada a cosa material alguna. Más bien parece orientada *esencialmente* a lo espiritual, ya que huye de la realidad material «sin llegar *nunca* a cogerla». Aquí la simbolización va tomando cuerpo. Sigamos en la encantadora compañía del poeta:

Siempre abierta. ¡Es que no sabe
cerrarse, es que tiene
ambiciones más profundas
que las de los ojos, tiene
ambiciones de esa bola
imperfecta de este mundo,
buen fruto para una mano
de ciego, ambición de luz,
eterna ambición de asir
lo inasidero.

Es una mano siempre abierta, que no sabe cerrarse. Hay una apertura infinita, inagotable. Siempre quiere más y más. Tiene ambiciones

más profundas que las de los ojos, que encuentran su objeto propio en el color, en la forma, en la distancia de las cosas materiales. ¿Podríamos hallar una mejor pintura del alma humana?

A nuestro parecer, la mano de ciego permite al poeta la simbolización de su propio yo, de los estratos más profundos de su ser, ya que su poesía posee esencialmente una estructura personal y dialógica. Se sabe imperfecto y siente un llamado fundamental de lo perfecto; limitado y con ansias de Infinito; contingente y con una insaciable sed de Absoluto; condenado a la muerte y paradójicamente atraído por lo Eterno; dotado de razón, se encuentra frente al inagotable misterio de lo creado; se debate en la pluralidad de verdades y de seres y siente una aspiración desgarrante a la unidad; se autoconoce como un «adentro» que tiene necesidad ineludible del «afuera». Esta dualidad, que —dicho sea de paso— aparece como irreductible, sin salida y fuente del absurdo en Camus, hallará, en cambio, en nuestro poeta su salida unificadora en el misterioso misterio del amor.

Y en los tres últimos versos,

Mano de ciego no es ciega:
una voluntad la manda,
no los ojos de su dueño.

aquella desgarrante dualidad encuentra el origen que le confiere unidad y sentido. La búsqueda totalizadora de la realidad no es ciega, tiene un sentido, una voluntad que la manda. ¿Quién es esa voluntad que manda? ¿Quizá un impulso radical de su ser, impulso oscuro, ineludible, desconocido, que lo lleva a buscar y, en la búsqueda, a realizarse, a existir? La palabra *ex-istir* indica, por su prefijo, que «ser» es precisamente abrirse, ex-presarse. La persona se muestra, se ex-presa: hace frente, es rostro. El término griego más aproximado a la noción de persona es *πρόσωπον* la que mira adelante, la que afronta. La expresión ha encontrado así una primera y acabada forma en el poema.

Ese yo oscuro, de impulsos radicales e íntimos, es vivido por Salinas como amenazado por la dualidad, la ambivalencia y la contradicción:

Y si no (tú ya lo sabes)
allá, al fondo, la amenaza
de romperte en dos pedazos
—vida o muerte, tierra o cielo—
bruscamente irreparable.

(Presagios, II, p. 10.)

La misma conciencia de la oscuridad laberíntica de su yo aparecerá también en el poema 27:

Hay otra cadena hecha
de olas, de tierras y vientos,
de sonrisas y suspiros,
que me ata no sé adónde,
que me esclaviza a ese dueño
desconocido, a ese dueño...

(P. 21.)

Pero una alborozada y vibrante profesión de fe en el fuego de su corazón y la fuerza de su libertad, que bulle por afirmarse a sí misma y salir a la conquista del mundo, nos revela profunda seguridad y optimismo en el poeta:

... ...
hecha del alma,
columna mía,
de fuego hecha,
de la lumbre conocida
por mí desde que he sentido
lumbre de vida.
En vano el hacha se afila
para ella, en vano ruinas
de excelsos tiempos me dictan
ejemplos tristes.
Fogosa es esta columna;
ni la cortará el acero
ni a obligada servidumbre
la habrá de rendir el tiempo.
... ...
Columna fogosa, pura
consunción de mi albedrío,
siempre tendrás que quemar
ramas, tronco vivo y luego
estas raíces que hundo
en tierra,
todo tuyo y todo mío,
que has de acabarte, fogosa
columna, conmigo mismo.

(*Presagios*, 17, p. 24.)

Y, efectivamente, lo que delimita el mundo como lo claro, como aquello donde penetra una luz, es el esquema corporal. Más propiamente, el punto de mira o la perspectiva, como podría decir Ortega. Así, en el poema 30 de *Presagios*, lo que determina la dimensionalidad cuali-

tativa del mundo—tierra y cielo los llama—es el aparente vuelo de un pájaro. Por el vuelo

todo vuelve a ordenarse
por la pauta de su sino.

(P. 23.)

Pero lo que propiamente determina la dimensión no es el vuelo: es el poeta que asiste a su presencia. Sólo que el verdadero punto de mira es dicho al final. Se hace autoconsciente como paso último de la determinación poética. Sigamos con la lectura del poema:

Y todo vuelve a ordenarse
por la pauta de su sino.
Ya la tierra está aquí abajo
y el cielo allí arriba puesto,
ya la llanura es inmensa
y el caminante pequeño.
Y ya sé lo que está lejos:
dicha, gracia, paz o logro.
Y ya sé lo que está cerca:
el corazón en el pecho.

La clave está aquí: *el corazón en el pecho.* Desde ese núcleo germinativo todo se extiende, se muestra, tiene sentido. Por eso, aunque Salinas expresa todo:

la casa,

La luna estuvo en la casa
sin que nadie lo supiera.

(Presagios, 6, p. 7.)

el mundo,

Porque cuando yo la oía
decir «Tatá, dadá»,
veía la bola del mundo
rodar, rodar,
el mundo todo una bola.

(Presagios, 4, p. 6.)

el sol, la arena, el agua,

Arena: hoy dormida en la playa
y mañana cobijada
en los senos del mar:
hoy del sol y mañana del agua.

(Presagios, 16, p. 13.)

el hijo,

Hijo mío, ven al mundo,
que preparado está ya
tu ajuar.

(Presagios, 32, p. 24.)

un crepúsculo,

Crepúsculo. Sentado en un rincón
siento en el alma el peso de este día.

(Presagios, 38, p. 28.)

o el barco Manuela Plá,

«Manuela Plá» se llama el barco.
Manuela Plá será sin duda el nombre
de la viuda del armador.

(Presagios, 33, p. 25.)

hable de lo que hable, el que lo hace es *el corazón en el pecho.*

El corazón en el pecho podría ser la clave para fijar la fuente y el origen de la relación dialógica como *expresión.* Y, en el caso de Salinas, la fuente y el origen de toda su obra en sus distintos momentos puramente expresivos. Claro está que Salinas, como todo poeta, de lo que habla siempre es *de todo:* del cielo y la tierra, de los destinos ciegos, de los presagios que no presagian un qué, sino el presagiar indefinido de la existencia que se consuma y se consume, pero lo hace siempre desde *el corazón en el pecho.* Po eso es poesía esencialmente lírica. Siempre testimonia el corazón en el pecho, ese centro que lo acompaña y funda todo.

En el cuarteamiento del mundo óntico, como diría Heidegger, habla el ser. El ser habla a través de la fisura de lo existente. Si la palabra es esencial, el oír también. «Decimos» el ser porque lo «oímos». Ya en el poema 20 de *Presagios* el poeta intuye a la naturaleza como vocablo del ser, que sabe expresarse en mil y un prodigios de manifestación:

Estos dulces vocablos con que me estás hablando
no los entiendo, paisaje,
no son los míos.
Te diriges a mí con arboledas
suavísimas, con una ría mansa y clara
y con trinos de ave.
Y yo aprendí otra cosa: la encina dura y seca
en una tierra pobre, sin agua, y a lo lejos,
como dechado, el águila,
y como negra realidad, el negro cuervo.
Pero es tan dulce el son de ese tu no aprendido
lenguaje, que presiente el alma en él la escala
por donde bajarán los secretos divinos.

Y ansioso y torpe, a tu vera me quedo
esperando que tú me enseñes el lenguaje
que no es mío, con unas incógnitas palabras
sin sentido.

(P. 17.)

De la naturaleza debe aprender su lenguaje, su manifestación, pero Salinas sabe que el hombre debe ofrecerse al ser, a la verdad —que es el ser patente a la inteligencia—, en cuerpo y alma para que ella se entregue, pues no hay impresión automática y autoritaria de la verdad. La verdad requiere una conversión. Es necesario estar abierto, sin prisas, sin urgencias, en disponibilidad. Hay que oír al ser, pero oír al ser se da la mano con otra categoría: el ver. Hay el «oír hablar» al ser y el «ver» al ser dicho en la palabra. El título del poema 5 de *Seguro azar*, «Pasajero apresurado», es altamente revelador:

Ciudad, ¿te he visto o no?
La noche era una prisa
por salir de la noche.
Tú al paso me ofreciste
gracias vagas, en vano.

(P. 42.)

Quizá por eso, algo más adelante, el poeta se dirige un reproche, considerándose «mal invitado» en este mundo, en el que se siente un peregrino y por el que pasa con «torpe prisa de avaro», sin captar sus maravillas:

Quedárme aquí
en esta casa,
donde estoy de paso.
Y lo que cogen los ojos
con torpe prisa de avaro
... ...
verlo despacio,

La invitación está hecha:

verlo tanto,
que esto que me queda ahora
clavado e inolvidable
como el más alto cantar,
esto, que nunca se olvidará
en mí, porque fue del tiempo,
de tan mío, de tan visto,
de tan descifrado, fuera
eternidad, lo olvidado.

(*Seguro Azar*, 9, p. 45.)

El mundo quedará, pues, eternizado en virtud de su mirada lenta, participadora, paciente, intensa, englobante, posesora, prolongada. De nuevo y explícitamente es el poeta el centro focalizador de la realidad.

Hay una ambivalencia desgarrante en su alma. Aunque desconfía de la realidad y terminará eligiendo su propia intimidad, quiere ver el mundo real, no un mundo ilusorio, como el del cine, pues a este mundo de ficción no puede *sentirlo*. Hay un evidente equilibrio en la poesía saliniana entre los elementos racionales y afectivos, tal como muy certeramente lo señala Ricardo Gullón (22):

FAR WEST

¡Qué viento a ocho mil kilómetros!
¿No ves cómo vuela todo?
¿No ves los cabellos sueltos
... ...
¿No ves
la cortina estremecida,
... ...
Sí, lo veo.
Y nada más que lo veo.
... ...
Sí, le veo sin sentirle.
Está allí, en el mundo suyo,
viento de cine, ese viento.

(*Seguro Azar*, 15, p. 50.)

Y en el poema 31 de *Presagios* Salinas no resiste la tentación de comunicarnos su lucha por hallar la forma justa de su expresión:

Estoy sentado al sol en la puerta de casa,
sin otra compañía que la sombra
de mí mismo tendida por el suelo.
La criatura extraña
que entre el sol de septiembre y yo creamos
sabe cosas de mí que yo no sé.
Me define de modos muy distintos,
es más ágil que yo y en tanto lucho
por dar con el secreto del movimiento justo
para mi verbo, ella se expresa bien, se alarga.

(*Presagios*, 31, p. 23.)

Expresa la separación neta entre la realidad exterior y su yo:

Yo me veo bien claro:
lo de fuera de mí, sol o lund, y aquello
que yo soy, haz y envés,
la sombra lo junta y expresa.

(22) RICARDO GULLÓN, «La poesía de Pedro Salinas», en *Rev. Asomante*, VIII, número 2, 1952, pp. 32-36.

Busca en la sombra su intimidad, pero no la logra:

Si la miro en demanda ansiosa de conciencia,
es burlona, enflaquece risiblemente o hace
de todo yo una bola grotesca.

Como acertadamente afirma Angel del Río (23), nota típica de toda la obra saliniana es el «desdoblamiento entre el mundo y el propio yo, refugio donde únicamente encontrará el poeta la exactitud que persigue». Efectivamente, parece sentirse extranjero y solitario en el mundo. Su imagen de éste aparece disipada, insegura. Es el sentimiento de la persona sin morada, a la intemperie. En el poema 25 de *Presagios* comienza preguntándose: ¿Adónde ir? Parece perdido en la nebulosa de la realidad:

¿Adónde ir?, en vuelta toda entera
en neblina sutil la ciudad yace.

El mundo, el «afuera», parece no ofrecerle ninguna atracción:

No hay nada afuera que me ponga linde:
ni camino que incite ni montaña
que dulce trasponer al alma sea.

Renuncia a caer en aquella sabia sentencia de Valéry: «Estamos encerrados fuera de nosotros mismos.» Responde al llamado de su ser y decide quedarse en los confines de su intimidad para crear en la libertad sus propios horizontes. No elige, pues, la realidad, sino su interioridad. Se encierra en sí mismo y rechaza las solicitaciones exteriores:

La vida al interior penal se rinde
y libre al fin de la atadura extraña
dentro de sí sus horizontes crea.

(P. 20.)

Y en un doloroso diálogo consigo mismo, poema 4 de *Seguro azar*, reitera la decisión que ha venido y seguirá presidiendo toda su obra: la de entrar en su intimidad, en su mundo interior. Y haciendo pie en ese mundo interior —al que vive incompleto, tembloroso, sin luz, sin gracia y *necesitado de él y de su expresión a través de la palabra poética*— se remontará al encuentro de «lo otro». Como dice E. Mounier, «la vida personal comienza con la capacidad de romper el contacto con el medio, de *recobrarse, de recuperarse*, con miras a recogerse en

(23) ANGEL DEL RÍO, *Estudios sobre literatura contemporánea española*, Madrid, 1966, p. 194.

un centro, a unificarse»... «Lo importante no es, de hecho, el repliegue, sino la concentración, la *conversión* de las fuerzas. La persona sólo retrocede para saltar mejor» (24). No quiere estar «de sobra», sólo mirando. Decide cerrar los ojos y enfrentarse al «mundo sin acabar», al que co-creará con su palabra. Pero deleitémonos con el poeta:

Abrir los ojos. Y ver
sin falta ni sobra, a colmo
en la luz clara del día,
perfecto el mundo, completo.
... ...
Todo en él fiel. Pero yo...
Tú de sobra. A mirar,
y nada más que a mirar
la belleza rematada
que ya no te necesita.
Cerrar los ojos. Y ver
incompleto, tembloroso,
de será o de no será.
—masas torpes, planos sordos—
sin luz, sin gracia, sin orden
un mundo sin acabar,
necesitado, llamándome
a mí, o a ti o a cualquiera
que ponga lo que le falta,
que le dé la perfección.
En aquella tarde clara,
en aquel mundo sin tacha,
escogí:
el otro.
Cerré los ojos.

(P. 41.)

El yo es, pues, expresado por el habla. El yo en sus angustias, en sus dudas, en sus tensiones, en sus anhelos, en sus gozos, en su soledad, en su búsqueda de infinito. Desde *Presagios,* envuelto en un «tono de hondura y seriedad castellana»—con palabras de Dámaso Alonso—, nos entrega numerosos ejemplos. Veamos:

Hay una aceptación de la realidad en el poema 1, aceptación de nuestra existencia, limitada, ligada a la tierra y abierta necesariamente al futuro, al mañana, «llave de lo eterno»:

Suelo. Nada más.
Suelo. Nada menos.
Y que te baste con eso.
... ...

(24) E. MOUNIER, *El personalismo,* Buenos Aires, 1962, p. 26.

y allá, al socaire de la frente,
la idea pura, y en la idea pura
el mañana, la llave
—mañana— de lo eterno.
Suelo. Ni más ni menos,
y que te baste con eso.

(P. 3.)

Es decir, «plegarse dócilmente a la disciplina del acontecimiento», con la feliz expresión de Mounier. Expresa su duda permanente ante la realidad en el poema 18, cuando dice:

Cuando yo alcé los ojos a mirarte
(por tu bien o tu mal)
para mirarme alzabas tú los ojos
(por mi bien o mi mal).

(P. 15.)

Y más adelante lanza un llamado y una invitación al ser humano —¿o a sí mismo?— a la permanencia, a la quietud del ser, a la inmutabilidad:

Lleva el vicio
en sí de toda humana criatura:
vicio de no durar.
... ...
Ven... Hay que ir a buscar lo más durable.

(Presagios, 23, p. 19.)

El poeta no quiere la limitación, a la que bellamente compara con una reja en el poema 48. Quiere ver el mundo entero y la reja se lo impide:

Desde hace muchos años,
la reja
me tiene partido el mundo
que se ve por la ventana
en cuatro partes iguales.
... ...
Cuando yo rompa los hierros,
ya lo sabes,
no ha de ser para escaparme:
será porque ya no pueda
sufrir más el ansia esta
de ver todo el mundo entero.

(P. 34.)

Ese mundo, al que quiere ver entero, será la mediación que lo transporte a un mundo sospechado, intuido, concreto y virgen «detrás» (25), a esa trascendencia presente siempre con una fuerza incontenible en la poesía saliniana:

Por un mundo sospechado
concreto y virgen detrás,
por lo que no puedo ver
llevo los ojos abiertos.

Desde el fondo de su corazón, en un tierno y delicado poema dirigido al hijo, le incita a gritar fuerte la propia verdad, que será corregida por la que surja del espejo de las aguas que son los otros: otros ojos hermanos. Veamos:

Dóblate sobre el brocal
del pozo y grita fuerte
tu verdad,
la que no estaba acuñada.
Y del hondo de las aguas
otra verdad te saldrá,
y del hondo de las aguas
otros ojos
hermanos contestarán.
(Presagios, 32, p. 24.)

La existencia del hombre es crucial. Por un lado, está abierto al ser, vuelca el sentido del ser sobre las cosas; por otro, la idea del ser vuelca al hombre sobre la trascendencia. La cruz es el desajuste entre su ser existencial, autoconsciente de su apertura finita, y el ser esencial, contraído en el yo soy, que implica su participación en el horizonte infinito de la apertura. Por eso la acción del hombre lo esencializa, le trae más ser a su yo. La cruz se hace patente en la poesía de Salinas cuando reitera su rechazo de lo pasajero, lo frágil, lo mutable en el exquisito diálogo que entabla con una lágrima, con la alegría, con un libro:

Lágrima,
no te quiero, eres de agua.
Como el río al mar,
... ...
te marchas.
Alegría,
no te quiero, eres de sol.

(25) Adverbio cuya importancia en Salinas ha sido muy finamente estudiada por LEO SPITZER en «El conceptismo interior de Pedro Salinas, en *Rev. Hispánica Moderna,* VII, 1941, pp. 33-69.

Y hasta el calendario cuenta
que por las tardes te llevas
a otro —¿a qué otro?— lo que
me dabas por la mañana.
Libro.
No te quiero. De papel
cárcel frustrada, ...
Agua que nunca huye,
soles que no se ponen,
libros que no traicionan:
quietud, tiniebla inmóvil, tú, silencio.

(Presagios, 45, p. 33.)

Retomando el esquema que nos ha servido de base en estas reflexiones sobre la poesía de Salinas, hemos visto pues, que en ella, mediante la palabra, se expresa, nos entrega su yo. Pero para cristalizar su donación el poeta se ha preparado ya desde el comienzo de su obra. Sabe bien que la palabra surge en la soledad. Por eso convoca su presencia:

¡Soledad, soledad, tú me acompañas
y de tu propia pena me libertas!
Sólo, quiero estar solo:
que si suena una voz aquí a mi lado
o si una boca en la boca me besa,
te escapas tú, vergonzosa y ligera.

(Presagios, 12, p. 10.)

Y más adelante, en el poema 23, se llama a sí mismo, al silencio, para escuchar la voz de la realidad:

Esta noche de estío por ti enciende
sus innúmeras luces en lo alto:
cállate y deja que ella hable.

Y agrega:

Y del vano cohete sólo aprende
a ir preparando tu divino salto.

(P. 19.)

¿A qué salto se refiere? ¿Y por qué lo califica de «divino? Una referencia semejante había aparecido en el poema 20, cuando nos confesaba:

Pero es tan dulce el son de ese tu no aprendido
lenguaje, que presiente el alma en él la escala
por donde bajarán los secretos divinos.

(P. 19.)

Veamos: en el primero de los dos poemas, tras el silencio, el alma del poeta ha de prepararse para su «divino» salto, que emprenderá por la palabra. Encontramos cierta coincidencia con el segundo, en el que confiere a la palabra la virtud de ser la «escala por donde bajarán los secretos divinos», es decir, el medio de comunicación, de acercamiento, de acceso a «algo divino», trascendente. Enfrentémonos nuevamente con el interrogante: ¿en qué consiste ese «divino» salto? ¿Cuáles son esos secretos divinos? El poema 24 devela, en parte, la incógnita:

Cerrado te quedaste, libro mío.
Tú, que con la palabra bien medida
me abriste tantas veces la escondida
vereda que pedía mi albedrío.

(P. 19.)

Creemos que explícitamente Salinas nos enfrenta con la esencia de la palabra: la palabra es apertura hacia la libertad, sendero que conduce hacia la liberación (26). Quizá sea interesante que tratemos de iluminar este sentido de la palabra como liberación, bajo la óptica heideggeriana. Según ella, el ser se muestra en la palabra, a la que Heidegger llama Haus des Seins, la casa del ser; específicamente se muestra en la palabra del poeta. Del ser no se puede decir qué es, sino simplemente que hay el ser. Yo, en cuanto da-sein, en cuanto existente, soy proyecto, y la discursividad expresa lo que yo soy como proyecto. De tal manera «digo lo que soy» y «soy lo que digo». Si el da-sein dice la verdad, *es* la verdad; si miente, *es* la mentira, encubre al ser, lo oculta, lo disfraza, lo desfigura. El ser, como aletheia, verdad, se revela en el hombre. Y la verdad debe entenderse como el acto de hacer lugar, de exponerse y consentir en el ser. La verdad es la libertad (27).

«Por eso, cuando las palabras... des-cubren la realidad son poéticas, dadoras de ser e inteligibilidad. De allí que la poesía no sea creada por el lenguaje; el lenguaje es creado por el poetizar que nombra el ser auténtico —mi abandono, mi soledad, el misterio que me constituye. En el poetizar resuena, entonces, la pacífica y profunda tonalidad del heroísmo, del coraje o del amor. Sus palabras fundan el mundo, porque son la ex-presión fundamental» (28). La intrínseca vinculación entre verdad y libertad, trae a nuestra memoria las sabias palabras del Evangelio: «La verdad os hará libres.»

(26) Este aspecto ha sido y especialmente es intensamente trabajado por la psicología y la psiquiatría actuales y constituye el fundamento de técnicas terapéuticas aplicadas con gran éxito.

(27) MARTIN HEIDEGGER, *Sobre la esencia de la verdad.*

(28) M. G. CASAS, *Introducción a la filosofía*, Madrid, 1970, p. 322.

El salto hacia la palabra, la expresión y la libertad, es divino. «Cread de nuevo —afirma Evely—. Liberaos. Sed tan libres como el Padre celestial, que derrama su lluvia sobre los justos y sobre los injustos y hace brillar su sol sobre los malos y sobre los buenos» (29).

El poeta no desconoce tampoco, la fuerza de la palabra en la posesión de la realidad. Por la palabra ejerzo el dominio del mundo, porque el mundo es el mundo de los entes y éstos *son* por el ser. Así nos dirá en el poema 5 de *Presagios:*

Posesión de tu nombre
sola que tú permites,
felicidad, alma sin cuerpo.
Dentro de mí te llevo
porque digo tu nombre.

La inefabilidad del ser, la inasibilidad del ser, conducen finalmente a resolver la palabra en el silencio. Pero, inversamente, la palabra nace del silencio. «En silencio debe contraer el alma sus nupcias con la realidad, y por esto es el silencio principio de la palabra viva, tanto más cuando la realidad nupcial es la de una persona a la cual se va a llamar tú» (30). En medio de este clima, el poeta nos anuncia la inminencia de su entrega:

Yo silencioso. Pero
grito, quejido, o risa
dentro y en pie con la ballesta armada.
Yo en tierra. Pero el barco listo
y los huracanes que me lleven.
Yo quieto. Pero
aquí, al los cuatro lados, cuatro tajos.

(*Seguro Azar* 30, p. 64.)

El yo es expresado por el habla, pero no lo agota. «El hablar surge de un, por decirlo así, fondo entenebrecido; fondo que por su cara anterior da a las regiones de la conciencia, y que por su parte posterior se pierde en la subconciencia; pero en forma tal, que el hecho de su existencia se co-perciba precisamente como el fondo del obrar mío. Querer retenerlo como objeto en el área más iluminada de la conciencia no es posible. Trátase de un sujeto, del yo, que esencialmente, es tal, sujeto, y que jamás puede pasar a ser objeto». (31).

Hay, pues, dos zonas de aparición: a) el yo horizontalmente contenido en la conciencia; b) el yo que toca con una zona que yo no

(29) L. Evely, *Fe y Libertad,* Salamanca, 1970, p. 91.
(30) Pedro Laín Entralgo, *op. cit.,* t. II, p. 367.
(31) A. Brunner, *Ideario filosófico,* Madrid, pp. 23 y ss.

puedo asir. En cuanto el yo es sujeto, no es totalmente puesto en la luz. El sujeto que realiza la conciencialización no puede ser totalmente objetivado: es un abismo, un abismo existencial. Como diría Marcel, parece que hacia abajo estamos «obturados». Lo que aparece «obturado» es el sujeto último, el espíritu, lo que diferencialmente soy. Por eso aunque todo nuestro esfuerzo teórico consista en una marcha progresiva hacia la luz de la investigación de la objetividad, ésta no se logra totalmente, pues en las puntas hay dos términos que son dos subjetividades. Unos versos de Salinas muestran este aspecto de la palabra expresiva en su revés ontológico, como ocultadora del ser:

¿Quién te va a ti a conocer
en lo que callas, o en esas
palabras con que lo callas?
(La voz a ti debida, p. 138.)

Es decir, que como el ser sobrepasa siempre lo dicho por el *Da-sein,* diría Heidegger, lo dicho implica lo no-dicho. El lenguaje es un misterio. Lo no-dicho está contenido en lo dicho.

La expresión, finalmente, como momento en que el poeta muestra su subjetividad en la palabra, encuentra también plena manifestación en los títulos que Salinas elige para sus libros de poesía: *Presagios, Seguro Azar, Fábula y Signo, La voz a ti debida, Razón de amor, El Contemplado, Todo más claro* y *Confianza.* El interesantísimo trabajo de Ricardo Gullón (32) señala, muy acertadamente a nuestro juicio, que ellos tienen un elemento común: «aluden todos a una interpretación de los fenómenos y no a los fenómenos mismos. Están puestos *subjetiva* y *no objetivamente,* en atención a los reflejos suscitados por la realidad en el poeta, y no a las realidades en su esencia».

En toda la obra de Salinas se da la totalidad y por lo tanto se dan los tres niveles: la expresión, la comunicación y la significación. Sin embargo, la expresión no parece abocar todavía a lo que podríamos llamar un «lirismo estructural». Ese corazón en el pecho busca su tú, el que espere su palabra, la recoja y la acoja. «La palabra dialógica revela una estructura interpersonal como su más propio fundamento. Por eso, no hay palabra, no hay diálogo entre cosas; no hay diálogo ni palabra sino entre personas» (33). Absolutamente cierto. Por eso el poeta tiene que personalizar la realidad por medio de la palabra. Este proceso de búsqueda del tú personal va cobrando vigor e intensidad paulatinamente, a lo largo de la obra. Comienza ya, oscura y tiernamente, en *Presagios,* en que sus primeros pasos crista-

(32) *Op. cit.,* pp. 32 y 33.
(33) M. G. Casas, *Introducción a la filosofía,* p. 338.

lizan en íntimos diálogos con las cosas de la naturaleza. Pero ¿qué relación une al poeta con la naturaleza? No es relación de pura exterioridad. «El hombre —dice Marx— es un ser natural, pero un ser natural humano» (34). Sólo él puede romper con la naturaleza, sólo él puede conocerla y transformarla. Pero hay algo más: el hombre es capaz de amar, lo que es infinitamente más todavía y por obra y gracia de ese amor, la naturaleza empieza a humanizarse y se la afirma como obra personal y soporte de toda personalización. Veámoslo en nuestro poeta: el día, por ejemplo, será explícitamente convertido en tú:

¡Quémate, día, quémate
en la —¡quémate, día!— hoguera
de la prisa!
¡Pronto la llama alta,
que me espera otro tú, otro día!

El poeta habla con el agua, con una cigarra, con la arena, con un naranjo:

Hoy te han quitado, naranjo,
todas las naranjas de oro.
... ...
Se creen
que te han dejado sin nada.

Personalizado y humanizado, es ya suyo el naranjo:

¡Mentira, naranjo mío!

o el libro:

Cerrado te quedaste, libro mío (35).

Salinas hace uso frecuente de este pronombre «mío». Analicemos brevemente este hecho, siguiendo el enfoque de Pedro Laín Entralgo, en su análisis de los dos modos principales de la afección de lo vivido: lo *en mí* y *lo mío*. El hecho de que un sentimiento esté *en mí*, no quiere decir que tal afección sea real y personalmente *mía*. Un sentimiento «Sólo comenzará a ser de veras mío, si yo lo acepto en mi existencia, si de algún modo lo incorporo positivamente a la trama de mis proyectos más propios y, en definitiva, a mi vocación» (36).

(34) C. MARX, *Economie politique et philosophie*, Ed. Coste, p. 78.
(35) Puede verse un exhaustivo análisis de la relación del poeta con las cosas en *Pedro Salinas: el diálogo creador*, de ALMA DE ZUBIZARRETA, Madrid, 1969, páginas 87-110.
(36) *Op. cit.*, t. II., p. 92.

Es decir, que este *mío* corresponde al segundo nivel de personalización de la propia personalidad, según Zubiri, el nivel del mí, que cuando funciona como pronombre posesivo de primera persona, tiene un arraigo mayor que el *me*. Puede tener el carácter de realidad estimulante de lo que nombra, más o menos objetivada o bien expresar algo más vital, más humano: la apropiación que hacemos de aquello que nombramos: me pertenece y a mí sola. En este último sentido que creemos es el que corresponde a la relación íntima del poeta con las cosas, esa incorporación, esa integración al propio ser, manifiesta la permanente personalización de la realidad toda, en que nos sumerge el poeta:

te entregas tú por compañera mía *(la soledad)*
(P. 11.)
te quise por mía *(la arena)*
(P. 13.)
columna mía
(P. 14.)
sin más soporte que este corazón mío (37).
(P. 14.)

También el corazón en el pecho, que habíamos señalado como clave para fijar la fuente y el origen de la relación dialógica como expresión, entabla algunos monólogos aislados, haciendo las veces de tú:

Suelo. Nada más.
Suelo. Nada menos.
Y que te baste con eso.
(Presagios 1, p. 3.)
¿Adónde ir?
(Presagios 25, p. 20.)
Pero yo...
Tú de sobra.
(Seguro Azar 4, p. 42.)

Pero el corazón en el pecho, ese corazón del poeta del cual parte todo esquema, no es el corazón real. El corazón real aparecerá después, en *Seguro Azar,* al final del poema 26 «cinematógrafo, I Luz»:

Allí se narra la creación:

La diestra de Dios se movió
y puso en marcha la palanca...

(37) A modo de ejemplificación de la alta frecuencia del pronombre, podemos señalar que sólo en los tres primeros libros hemos encontrado treinta y tres menciones, en expresiones muy significativas.

Pero el hombre:

El primer día de la creación
Humillado, pobre, vencido,
se marchó a llorar a un rincón.

Hasta aquí, lo que se ve es, por una parte, la soledad del nombre; por la otra, su apartamiento.

Pero ya el instinto acechaba
en los ojos de la mujer
—la cabellera suelta al viento—
y en el tejer y el destejer
de la tela del sentimiento.
Y el primer día de la creación
se levantó de su rincón
y vino a asomarse a la tela:
en la mano diestra llevaba
el primer corazón del hombre,
que era el último corazón.

Ahora sí, la labor hermenéutica de la Introducción viene a iluminarse. Está el corazón del hombre, pero lo está *en la mano de una mujer.* Ya no es solamente *el corazón en el pecho;* el que abre la totalidad, es siempre el corazón llevado por una mujer. Podríamos agregar quizá que, por eso, por establecer la relación fundamental del yo-tú, la relación varón-mujer, la relación de la pareja, el primer corazón del hombre era *el último corazón.*

No se trata, sin embargo, de que el tú sea el todo de la experiencia lírica. Se trata de que el primer nivel —la expresión— ha encontrado su término intencional, el tú, la mujer, y *todo es visto* en esa presencia. Por eso dice el poema 48,

Para cristal te quiero
nítida y clara eres.
Para mirar al mundo,
a través de ti, puro,
de hollín o de belleza,
como lo invente el día.

(P. 78.)

Y el poeta aclara de inmediato e imperativamente, que no la quiere «espejo», en el que se reflejaría su propio ser, quedando así empobrecida la realidad del universo y la misma relación con su amada,

sino que la quiere «cristal», transparente, que le permita llegar al mundo transfigurado por el milagro de su amor:

Tu presencia aquí, sí,
delante de mí, siempre,
pero invisible siempre,
sin verte y verdadera.
Cristal. ¡Espejo, nunca!

Por eso la reclama cuando ella le ofrece sólo su presencia corpórea. La pura ausencia se instala entonces, al lado del poeta:

LA DISTRAÍDA

No estás ya aquí. Lo que veo
de ti, cuerpo, es sombra, engaño.
El alma tuya se fue
donde tú te irás mañana.
... ...
Pero tu intención de ir
te llevó donde querías,
lejos de aquí, donde estás
diciéndome:
«Aquí estoy contigo, mira.»
Y me señalas la ausencia.
(Seguro Azar 24, p. 58.)

El poeta parece haber descubierto que —como dice Buber— «el Tú viene a mí a través de la gracia; no es buscándolo como lo encuentro» (38). Así en el poema 6, «Hallazgo», de *Fábula y Signo,* dirá:

No te busco
porque sé que es imposible
encontrarte así, buscándote.
(P. 90.)

Y más adelante:

Y aún espero tu voz:
telescopios abajo,
desde la estrella,
... ...
puede venir. No sé por dónde.
Desde el prodigio, siempre.
Porque si tú me llamas.
... ...
será desde un milagro,
incógnito, sin verlo.
(La voz a ti debida, p. 129.)

(38) *Op. cit.,* p. 16.

El amante ya está en la relación. La relación en sentido pleno, la relación por excelencia, la relación yo-tú, que consiste simple y enigmáticamente en el *encuentro*. Frente a la realidad, quien dice yo-tú, no experimenta: contempla y acepta:

Dejarte. Te dejaré
como olvidada
y pensando en otras cosas
para no pensar en ti,
pero pensándote a ti,
en ellas, disimulada.
(Fábula y Signo 6, p. 90.)

La relación asoma en medio de la oscuridad de las cosas e irradia la luz de su presencia. Porque eso es estar en la relación: *tener que ver* con el tú, pero de un modo especial: el tú llena el horizonte, el tiempo, el espacio: *es* la presencia:

Si te marchas ¡qué trabajo
pensar en ti, que estás hecha
para la presencia pura!
(Seguro Azar 33, p. 66.)

El poeta se dispone a reconstruir la imagen de su amada en sus cualidades:

Todo yo a recomponerte
con sólo recuerdos vagos:
te equivocaré la voz;
el cabello ¿cómo eras?
Te pondré los ojos falsos.

Ya la amada está afuera de él. Ya está en el ello, en el espacio, en sus notas distintivas. «Puedo abstraer de él / del Tú / —dice Buber—el color de su cabello, de sus frases o el matiz de su bondad. Estoy sin cesar obligado a hacerlo. Pero cada vez que lo hago, deja de ser Tú» (39). Y más adelante afirma: «Ciertamente ha amasado en su memoria cualidades pertenecientes al Tú recordado; pero sólo ahora, por primera vez, las cosas se componen para él de sus cualidades» (40).

Pero el poeta rápidamente la reconquista como su Tú, pues «los seres verdaderos —las esencias— son vividas en el presente, los objetos en el pasado»:

Tu recuerdo eres tú misma.
Ahora ya puedo olvidarte
porque estás aquí, a mi lado.

(39) *Op. cit.*, p. 14.
(40) *Op. cit.*, p. 31.

De nuevo, la amada recobra, pues, su condición de Tú y la relación se hace directa e inmediata. El poeta es un contemplador que «no teme olvidar», que no se ocupa cuidadosamente de los rasgos de la amada. Ya la tiene a su lado como una presencia pura. Más adelante la relación madurará y la contemplación del poeta se transformará en «conocimiento íntimo».

Y en *Seguro Azar,* en el poema 44, el poeta parece estar ya envuelto en la plenitud de la relación con la mujer que ama, su tú, y en esta comunicación el mundo surge transfigurado por ella. Veámoslo:

Palabras que estás diciendo
—«cariño... siempre... seguro...»—
... ...
El cielo es el techo, todo
del color que tú quisiste,
sin constelación ni guía.
... ...
Ya se estremecen
las tierras que estrenarás,
el horizonte que rompas,
el cielo por donde subas.

La palabra de la amada ejerce poderes milagrosos, como también la del amante. La palabra en el amor, en el diálogo amoroso, produce una suerte de «revolución ontológica»:

Domina al tiempo:

El tiempo no tenía
sospechas de ser él.
... ...
Para vivir despacio,
de prisa le decíamos:
«Para», o «Echa a correr.»
Para vivir, vivir
sin más, tú le decías:
«Vete.»

Y cuando la amada lo nombró diciéndole «tú», lo sacó de la nada, es decir, le dio el ser. Su palabra lo personaliza, lo eleva, lo construye, lo realiza, lo hace más yo, más dueño de sí. La palabra de la amada tiene virtud ontológica creadora. Vienen a nuestro recuerdo aquellas graciosas y agudas palabras de Machado en su copla:

Dicen que el hombre no es hombre
mientras que no oye su nombre
de labios de una mujer.
Puede ser.

Lo hemos dicho: el ser se abre, se manifiesta en la palabra. Está detrás de ella. Esto no pasa inadvertido para el poeta. Detengámonos un poco más detenidamente en el poema de la página 259, de *Razón de Amor:*

Si te quiero
no es porque te lo digo:
es porque me lo digo y me lo dicen.
El decírtelo a ti qué poco importa
a esa pura verdad que es en su fondo
quererte.

Aquí la relación básica del yo-tú —te quiero, me quieres— parece retroceder detrás de las palabras. Las palabras, «te digo que te quiero», «me digo que te quiero», «me dicen que te quiero», no importan cuando bajamos al último fundamento, «a esa pura verdad que es en el fondo quererte». La palabra viene aquí de una pura verdad, el ser, que habita en el silencio, es decir en la presencia de la cosa misma. Es la realidad misma que está allí: «quererte». Y porque de allí viene, hay un momento en que la palabra puede enmudecer volviendo a su puro origen. Por supuesto, no es un silencio negativo. No estoy muda allí. Simplemente el amante se calla, porque la realidad, «quererte», ocurre desde sí misma y en sí misma. Se calla para que el ser, que es «quererte», impere por sí. En el fondo es el silencio del ser. A ese nivel, los huecos abiertos por la palabra no son necesarios. Queda, al modo de Parménides, el ser mismo como un «lleno». Estamos llenos, yo de ti, tú de mí. Es la «pura verdad que es en el fondo quererte». La verdad, αληθεια, se muestra por sí misma por detrás y más allá de las palabras.

Continuemos: ella es el tú, «sin vecinos y fuera de toda conexión» (41). Su presencia llena la realidad y por eso su ausencia no deja pruebas en el mundo óntico:

¡Cuando te marchas, qué inútil
buscar por dónde anduviste,
seguirte!
Si has pisado por la nieve,
sería como las nubes
—su sombra—, sin pies, sin peso
que te marcara.
Cuando andas
no te diriges al nada
ni hay senda que luego diga:
«Pasó por aquí.»

(P. 117.)

(41) *Op. cit.*, p 14.

Porque ella es la presencia,

Tú no sales del exacto
centro puro de ti misma.
... ...
Tan pura ya, tan sin pruebas
que cuando no vivas más
yo no sé en qué voy a ver
que vivías,
con todo ese blanco inmenso
alrededor que creaste.

(P. 118.)

La presencia, por otra parte, es tan totalmente transparente que determina una especie de aniquilación de todos sus elementos ónticos o fácticos. Para verlo es ejemplar el poema 11 de *Fábula y Signo,* en que el poeta va olvidando casi «pedazo a pedazo» a la amada hasta llegar a afirmar:

Por allí andarás tú,
disuelta ya, deshecha e imposible.

O también 21 10 de *Fábula y Signo,* que implica una especie de inmovilidad:

AQUÍ

Me quedaría en todo
lo que estoy, donde estoy.
... ...
¡Qué ansia de repetirse
en esto que está siendo!
... ...
Nada promete el mundo:
lo da, lo tengo ya.

la misma inmovilidad del «yo ya te tengo», que no se modifica, en el poema 23, «Tú, mía»:

Yo ya te tengo.
Aunque hables días y noches,
nada dices ya;
tu palabra última fue
aquella que yo te oí.
... ...
Quieta
estás, clavada en el sitio
donde te dejé de ver.
No darás un paso más.

Y así como en la plenitud de la relación, la naturaleza es transfigurada por la presencia esplendorosa de la amada —como dice Marías (42), «las cosas triviales y prosaicas se salvan poéticamente por intercesión de la amada»—, así también en el trance doloroso de la ruptura, la misma naturaleza parece hacerse solidaria con la tristeza y el dolor que habitan en el alma del poeta. Veámoslo en el poema 21, «Ruptura sin palabras», de *Fábula y Signo:*

Aspero, el camino
entre cerros pardos.
Rastreros los vientos,
arrancaban altos
quejidos de polvo
a la tierra triste.

Pero es en *La voz a ti debida* y en *Razón de amor* donde la comunicación es el alfa y el omega, la clave de bóveda que sostiene, estructura y muestra la totalidad. El punto de partida es impresionante:

Tú vives siempre en tus actos.
Con la punta de tus dedos
pulsas el mundo, le arrancas
auroras, triunfos, colores,
alegrías; es tu música.
La vida es lo que tú tocas.
(La voz a ti debida, p. 125.)

Ese tú es lo real, la maravilla, la belleza, inclusive el terror, como lo muestra el verso de Shelley, pero a medida que avanza el poemario, el Tú eres tú. El tú es el término en que la existencia entera se ata y se determina: el tú del amor.

Sí, al llegar la amada el mundo óntico quedará arrasado:

Porque cuando ella venga
desatada, implacable,
para llegar a mí, murallas, nombres, tiempos,
se quebrarían todos
deshechos, traspasados
irresistiblemente
por el gran vendaval
de su amor, ya presencia.

La alegría que lo inunda por esta nueva realidad ontológica en

(42) J. Marías, *Aquí y ahora*, Madrid, 1959, pp. 138-148.

que existe verdaderamente, provocará la abolición de la realidad cotidiana y fáctica:

Aplasta
bajo sus pies ligeros
la paciencia y el mundo.
Y lo llena de ruinas
—órdenes, tiempos, penas—
en una abolición
triunfal, total, de todo
lo que no es ella

(*La voz a ti debida*, p. 143.)

El mundo óntico se hace innecesario:

Ni volver la cabeza
ni mirar a lo lejos
aquel día supimos
tú y yo. No nos hacía
falta. Besarnos, sí.

Aquí el poeta confiesa que los amantes son menesterosos, pero no del mundo de la medida, del orden, del tiempo y del espacio. «El enamorado —dice Laín Entralgo— es sujeto de un menester infinito» (43) y el beso de la amada es el trampolín que lo conduce a la trascendencia:

Porque ya no es una carne
ni una boca lo que beso,
que se escapa, que me huye.
No.
Te estoy besando más lejos.

(*La voz a ti debida*, p. 167.)

«No es que nada exista fuera de ella, pero todas las cosas viven en su luz» (44). Esta fusión luz-tú-de-la-amada, sufrirá una evolución a lo largo de la obra: en el poema 41 de *Presagios*, el sol del que surgirá la luz, ¿no es el ser, que se hace presente en el amor? Veamos:

Y así al repetir esta
simple frase de amor se van prendiendo
infinitas estrellas en el pecho:
un mismo sol les presta luz a todas,
el sol lejano que vendrá mañana
cuando cesen estrellas y palabras.

(P. 31.)

(43) *Op. cit.*, t. II, p. 211.
(44) M. BUBER, *op. cit.*, p. 14.

La luz nacerá de un «sol lejano que vendrá mañana, cuando cesen estrellas y palabras». ¿Trascendencia?, ¿futuro?, ¿inmovilidad?, ¿ser?

En *Seguro Azar*, poema 16, «Dominio», es la amada quien crea el día —la luz— con su palabra:

Con tu palabra última
—adiós—
anoche encadenaste
la noche a tu silencio.
... ...
Y no se irá a su nada
... ...
hasta que tú con la primer palabra
de tus labios de hoy
—adiós— crees el día.

(P. 51.)

En *La voz a ti debida* la fuente de luz son los ojos de la amada:

De tus ojos, sólo de ellos
sale la luz que te guía
los pasos.

(P. 125.)

En el poema siguiente, en cambio, solicita a las fuerzas de la naturaleza, que se vistan de luz y color para recibirla:

Poned señales altas,
maravillas, luceros;
que se vea muy bien
que es aquí, que está todo
queriendo recibirla.

(P. 127.)

Sigue siendo la mujer que ama, la creadora de la luz, cuando nos dice:

Di, ¿podré yo vivir
en esos otros climas,
o futuros, o luces
que estás elaborando,

(P. 131.)

Hay un poema en que el tema del día, la luz y la amada alcanza niveles profundamente bellos y tan absolutamente personales que es

difícil referirse a él haciendo uso de la tercera persona: por fuerza, han de usarse los pronombres fundamentales yo-tú.

Un día
es el gran rastro de luz
que deja el amor detrás
cuando cruza por la noche
sin él eterna del mundo.
Es lo que quieren dos seres
si se quieren hacia un alba.
Porque un día nunca sale
de almanaques ni horizontes:
es la hechura sonrosada,
la forma viva del ansia
de dos almas en amor,
que entre abrazos, a lo largo
de la noche, beso a beso,
se buscan su claridad.
Al encontrarla, amanece.
ya no es suya, ya es del mundo.
Y sin saber lo que hicieron
los amantes
echan a andar por su obra
que parece un día más.

El amor abre la luz, *es* la luz; en la noche, en la noche del amor, se funda el día, la claridad que allí bebe sus fuerzas y su luz. De la noche del encuentro, en que nos perdemos en el amor —yo en ti, tú en mí— de la noche en que vivimos la indistinción fundamental; de la noche en que me siento tú, cuando te amo y te sientes yo cuando me amas, emerge el mediodía de nuestra luz. El mediodía es una luz que nos baña. Pero se ha engendrado en nosotros. Lo engendran los amantes cuando ambos son su gozo mutuo; cuando el cuerpo de él no es de él sino de ella; cuando el de ella lo es de él. Cuando son un solo cuerpo.

La noche y el día son dos símbolos. Los amantes se aman en la oscuridad tibia y perdida del amor inmediato. Pero porque así se aman, engendran la luz: la luz es la ternura, la comunidad espiritual, la confianza, la paz, la esperanza, el ansia de co-creación.

Ella trae la luz, nuevamente, en el poema de la página 136:

Y entonces viniste tú
de lo oscuro, iluminada
de joven presencia honda,
(La voz a ti debida.)

Y en otro poema, de la página 140, también ella es dadora de la luz del universo:

Porque harían la luz
si tú se lo mandabas

Y el enamorado desecha la luz que no viene de ella, esa luz que permite conocer «letras y formas»:

que en tu amor cierro los ojos
y camino sin errar,
a ciegas, sin pedir nada
a esa luz lenta y segura
con que se conocen letras
y formas y se echan cuentas
y se cree que se ve
quién eres tú, mi invisible.

Tanto que, extremando las notas, el poeta llega a una especie de ontología pura fundada en lo negativo:

La luz lo malo que tiene
es que no viene de ti.

¿Por qué dice esto el amante? Porque quiere conocer a la amada, penetrar en su ser y para ello la luz exterior, física, no le sirve. Sólo podrá llegar a ella a través de la luz que se crea en la presencia, en la relación, en el amor. Por eso dirá:

A ti sólo se llega
por ti. Te espero.

(P. 191.)

Por eso también,

El mundo material
nace cuando te marchas.

(P. 177.)

Cuando los amantes están en la «relación dilectiva», feliz expresión de Laín, el espacio es constitutivamente ilimitado. Por eso dice el poeta:

Para vivir no quiero
islas, palacios, torres.
¡Qué alegría más alta
vivir en los pronombres!

Porque las islas, los palacios y las torres tienen muros, límites, fronteras precisas que constriñen, por eso el poeta prefiere vivir en el

yo-tú. Frente a la determinación existencial en la cual el yo *es* y el tú *es* porque ambos *son* en la relación, todo es alegría, júbilo, marco, incluso demasía, con respecto a la única realidad.

En la poesía saliniana la relación de espacialidad cristaliza muy fina y agudamente en algunos poemas:

En los extremos estás
de ti, por ellos te busco.
Amarte: ¡qué ir y venir
a ti misma de ti misma!

La existencia humana es-en-el-mundo —como bien lo ha señalado Heidegger— fundando relaciones de espacialidad, la cual se manifiesta primariamente en el hecho de que para ella todo haya de estar «cerca» o «lejos».

Para dar contigo cerca
¡qué lejos habrá que ir!
Amor: distancias, vaivén
sin parar.
En medio del camino,
nada.

La «tendencia a la proximidad» es esencial a la existencia humana. Salinas logra manifestar en muy alto nivel poético, la interpenetración que caracteriza a la relación interpersonal.

Decíamos que el espacio, por obra de la relación amorosa, pierde sus coordenadas y sus límites. «Para el amante y la amada, para el amigo y el amigo, el mundo no es "recinto"»:

¿Minas de qué? Vacías
estaban aguardando
nuestro primer deseo.

O:

¡Qué gran víspera el mundo!
No había nada hecho.
Ni materia ni números,
ni astros, ni siglos, nada.

También el tiempo carece de determinaciones:

Qué inocencia creer
que fue el pasado de otros
y en otro tiempo, ya
irrevocable, siempre!
No, el pasado era nuestro:
no tenía nombre.

Podíamos llamarlo
a nuestro gusto:
El gran mundo vacío, sin empleo,
delante de ti estaba:

(P. 141.)

El hombre se caracteriza por ser un «hacia», un proyecto, que lanza sus líneas de realización de su esencia. Pero —como sostiene Laín Entralgo— «en el "hacia" de la existencia humana se integran más o menos armónicamente, pocas veces con total armonía, el "hacia" inmediato y empírico del proyecto y el "hacia" remoto y fundamental de la esperanza, un "hacia" proyectivo y un "hacia" elpídico» (45). Salinas advierte esta realidad y la vuelca en un bello poema:

Pero para querer
hay que embarcarse en todos
los proyectos que pasan,
sin preguntarles nada,
llenos, llenos de fe
en la equivocación
de ayer, de hoy, de mañana.

Pero el «hacia» es aquí rigurosamente interpersonal:

Con el júbilo único
de ir viviendo una vida
inocente entre errores,
y que no quiere más
que ser, querer, quererse.

El amor de los amantes no sólo quiere «proponerse y coejecutar un proyecto intramundano» (46), sino que busca de modo fundamental SER, QUERER y QUERERSE. Ser es amar y amar es ser. «Si no ama —sostiene Unamuno— no es persona.» Es decir, no nace a su propia identidad, no nace como un tú, vive en el engaño, en la ficción, en la inautenticidad:

¡Cuantos años
has estado fingiendo, tú, la oculta,
... ...
Y parecías ser la criatura de los dzares,
esperarte a ti misma en cada día.
... ...

(45) *Op. cit.*, p. 331.
(46) PEDRO LAÍN ENTRALGO, *op. cit.*, 337.

Pero un día en la frente,
en el pecho, en los labios,
metal ardiente, óleos, palabras encendidas
te tocaron y ahora
por fin te llamas tú.
... ...
Si acaso besa agradecidamente
... ...
a la que te ha guiado, misteriosa
potencia del amor, hasta ti misma,
para que al fin pudieses ser tu alma.

(P. 236.)

Con su entrañable, fino y absoluto amor, el poeta incita a la amada a desnudarse de todo lo que no sea esencial. Por eso hay que quitarse todo, los trajes, las señas, los retratos:

Te quiero pura, libre,
irreductible, tú.

(P. 141.)

Y es ante esa presencia desasida y totalizada, que me encuentro en el acto del amor. En el acto del amor, que dice siempre:

Yo te quiero, soy yo.

De allí en adelante toda la poesía de Salinas dice el yo-tú, dice el amor: lo menta, lo rodea, lo sugiere. Parecería una limitación, pero no hay tal. El poeta, en cuanto poeta esencial, enumera todas las cosas con su propio nombre, pero las enumera ahondando en la relación primera, es decir, en la relación constitutiva. Por eso hace que la totalidad de los niveles significativos, de índole óntica, se resuelvan en el nivel ontológico. La obra de ese amor, que se transforma en canto, es infinita, porque

al otro lado ya
de cómputos, de sinos,
entregarnos a ciegas
—¡exceso, qué penúltimo!—
a un gran fondo azaroso
que irresistiblemente
está
cantándonos a gritos
fúlgidos de futuro:
Eso no es nada, aún.
Buscaos bien, hay más.

La existencia asumida por la relación se había llamado «vida» antes. «Vida es lo que tú tocas». Pero ahora el poeta se revuelve sobre sí, y dice:

Este vivir mío no era sólo
mi vivir: era el nuestro.

El sueño, las distancias, el tiempo, todo habla de ti. Mejor dicho: tú hablas de todo. En la relación contigo se encuentran, yo las encuentro y ellas se encuentran entre sí, todas las cosas. Por eso, la *significación,* el último nivel de la palabra, tiene en el tú su punto de partida. Desde allí se hacen señas. Pero ninguno de los modos determinados en que se muestra —por más que se encuentren muy próximos a ella— es ella misma. Ella misma, en el fondo, es inefable:

Lo que eres
me distrae de lo que dices.

Es necesario observar bien: «Lo que eres». Lo que eres, para el caso de la relación, es «el que es». Y «el que es», es el ser. Pero el ser, realmente, me distrae de toda palabra que diga o que lo diga. Por eso, al poeta no le interesan, cuando ella habla, sus palabras:

estoy mirando
los labios donde nacieron.

Y cuando mira:

Yo no miro donde miras:
Yo te estoy viendo mirar.

Esa relación con la cosa misma, que por eso rechaza toda determinación, se hace poéticamente patente, con singular fuerza expresiva, en el mismo poema, al cantar esa hermosura que es el beso entre dos que se aman:

Te estoy besando más lejos.

Este «más lejos» ¿indica una determinación? Creemos que no. Indica el centro de la significación, pero ese centro está en todas partes y en ninguna.

Si pudiéramos seguir la línea de sentido aquí indicada, podríamos concluir que el centro intencional es ontológico. Pero como la intencionalidad focaliza un tú, prolongando sus líneas diríamos que, con el nombre de un tú humano, se apunta al Tú divino. Pero, nos parece, en Salinas no hay tal cosa. Afirmarlo implicaría entender a

Salinas desde fuera de Salinas mismo; hacer hablar a Salinas un lenguaje que no es el de Salinas. En el poeta lo que hay es la relación dialógica en sus tres niveles: expresión, comunicación, significación.

Por eso en el diálogo yo-tú, en el hablar que hablamos, que habla la poesía de Salinas, está la totalidad entera con sus alrededores: Recorramos el poema en que nos confiesa su anhelo de mirar la realidad, el mundo, para encontrar lo significado:

La tarde me está ofreciendo
en la palma de su mano
hecha de enero y de niebla,
vagos mundos desmedidos
de esos que yo antes soñaba,
que hoy ya no quiero.
Y cerraría los ojos
para no verlo. Si no
los cierro,
no es por lo que veo.
Por un mundo sospechado,
concreto y virgen detrás,
por lo que no puedo ver
llevo los ojos abiertos.

(Poema 36, *Seguro Azar.*)

La totalidad entera, el mundo y sus alrededores, unidos para el yo y el tú. Salinas mismo lo dice:

¿Hablamos, desde cuándo?
¿Quién empezó? No sé.
Los días, mis preguntas:
oscuras, anchas, vagas;
tus respuestas: las noches.
Juntándose una a otra
forman el mundo, el tiempo
para ti y para mí.

Hemos dicho antes que ese Tú es presencia pura. Pero la presencia pura «no debe pensarse en una sola línea», como diría Heidegger. La presencia pura intenciona también su polo dialéctico: la ausencia.

¡Qué paseo de noche
con tu ausencia a mi lado!
¡Me acompaña el sentir
que no vienes conmigo!

Pero ese tú de la presencia y de la ausencia no es todo el tú de la mujer. Salinas lo confiesa:

Se te está viendo la otra.

El tú que ahora podríamos llamar definitivo es el tú escondido, el tú absoluto, desligado de todo, menos de mí. Precisamente es el tú que me entregarás de tanto negármelo. Para sugerirlo, Salinas nos ofrece uno de sus poemas realmente fundamentales:

Entre tu verdad más honda
y yo
me pones siempre tus besos.
La presiento siempre ya,
la deseo, no la alcanzo;
cuando estoy más cerca de ella
me cierras el paso tú,
te me ofreces en los labios
y ya no voy más allá.
Triunfas. Olvido, besando,
tu secreto encastillado.
Y me truecas el afán
de seguir más hacia ti,
en deseos de que no me dejes ir
y me beses.
Ten cuidado,
te vas a vender así.
Porque un día el beso tuyo
de tan lejos, de tan hondo
te va nacer,
que lo que estás escondiendo
detrás de él
te salte todo a los labios.

Esto se completa con *Razón de Amor*, con *El Contemplado*. ¿Cuál es la razón de amor? ¿Quién es el contemplado además del bello mar, además de la amada misma como núcleo emergente de todo?

Pensar en ti esta noche
no era pensarte con mi pensamiento
yo solo, desde mí. Te iba pensando
conmigo exactamente el ancho mundo.

Porque el tú absoluto, desligado de todo menos de mí, y que sin embargo se religa y me religa con todo, es el Omega, el telos intencional que llama al poetizar de Salinas. Es el tú que me permite hablarte, pensarte, ser:

¡Cómo me dejas que te piense!

¿Me dejas pensarte? No sólo pensarte, también soñarte en la más dulce de tus entregas; al fin eres la libertad, la transparencia:

Tan convencido estoy
de tu gran transparencia en lo que vivo,
de que la luz, la lluvia, el cielo, son
formas en que te esquivas,
vagá interposición entre tú y yo,
que no estoy nunca solo...

Expresión, comunicación, significación. Pero en el centro, moviendo todo, el diálogo YO-TU, la palabra del amor, del amor humano que se vuelve amor divino, amor cósmico que reúne conmigo y contigo la totalidad del ser. Que lo reúne porque *lo hace*. Es decir, porque lo poetiza. Porque hace poesía.

ALICIA RAMO VIÑOLO
Rioja, 878
MENDOZA (Argentina)